

llares de muertes, no solo no fué vencida, mas ella salió con la palma de la victoria, de tal manera que de los mismos perseguidores hizo predicadores; y que los que ántes perseguían á los cristianos por amor de sus ídolos, viniesen á perseguir los ídolos por amor de los cristianos.

En otra parte profetiza que será quitado á este pueblo el reino de Dios, y será dado á otra gente que haga fruto con él (*t*). Lo uno y lo otro vemos tambien cumplido; pues á los gentiles se dió este reino, el cual se quitó á los judíos (digo á los que permanecen en su incredulidad), los cuales ni tienen templo, ni altar, ni sacerdote, ni sacrificio, ni tabernáculo, ni propiciatorio, ni la mesa de los panes, ni el candelero de oro, ni el velo del sancta-sanctorum, ni los vasos sagrados, ni las vestiduras sacerdotales; las cuales cosas estaban annexas al culto y reino espiritual de Dios. En lo cual se ve manifestamente la verdad desta profecía del Salvador. Mas ¿qué maravilla es carecer del reino espiritual, pues tambien carecen de la república y reino temporal? Lo cual todo por admirable juicio de Dios se entregó al pueblo de los gentiles. Porque á ellos se dió la lumbre de la fe (que es el conocimiento del verdadero Dios) de que carecian. A ellos se dieron las sanctas Escrituras del Viejo y Nuevo Testamento, y la asistencia del Espíritu Sancto, que rige y regirá la Iglesia hasta el fin del mundo. A ellos se dieron los méritos y sangre de Cristo, y la virtud y gracia de los sacramentos, y con ellos las llaves del reino de los cielos, y entre ellos el sanctísimo sacramento del altar, que es la gloria, la medicina, el pasto, el esfuerzo, el consuelo, el refrigerio y el tesoro de la religion cristiana, y la prenda de la vida eterna. Pues con esta fe, y con estos beneficios y sacramentos fructificó de tal manera la gentilidad, que la que estaba sumida en el profundo cieno de los vicios, ni daba otro fruto sino de pecados (que es manjar de los puerco infernales), comenzó á dar frutos de vida eterna: que fuéron innumerables mártires, confesores, doctores, y pontífices sanctísimos, y compañías de monjes religiosísimos, y coros de vírgines mas puras que las estrellas del cielo.

Estos pues son los frutos que dió la gentilidad por virtud deste reino de los cielos que le fué entregado. ¿Esto quién lo podrá negar? Pues el que estas cosas tan grandes y tan dificultosas pudo acabar en el mundo, y profetizarlas tantos años ántes que fuesen (que es propio de solo Dios), ese es el autor y fundador de nuestra fe; la cual es tan firme y verdadera, quanto es el que la fundó, que es la misma verdad.

Esta profecía del Salvador concluye tan claramente ser él el verdadero Mesías, que sola ella aunque otra no hubiera, bastaba para testimonio desta verdad. Porque en el tiempo dél estaba profetizado que se habia de hacer esta mudanza. Lo cual evidentísimamente profetizó Dios en Malaquías por estas palabras (*v*): Ya no tengo mi voluntad con vosotros, ni recibiré ofrendas de vuestras manos; porque de donde el sol sale hasta donde se pone es grande mi nombre entre los gentiles, y en todo lugar se ofresce á mi nombre ofrenda limpia. ¿Pues con qué palabras mas claras se pudiera profetizar lo que el Salvador aquí profetizó, que con las deste profeta? Y pues esto vemos cumplido en la venida del Salvador, síguese que él es el verdadero Mesías, en cuyo tiempo esto se habia de ejecutar, y en cuya venida las gentes habian de ser

(*d*) Matth. 21. (*e*) Malach. 1.

traidas al conocimiento del verdadero Dios, como el profeta Esaías en tantos lugares de su profecía lo canta, engrandece y profetiza (*x*).

CAPITULO XXVIII.

Vigésimasegunda excelencia de la religion cristiana, que es la muchedumbre innumerable de sanctos que ha habido en ella.

La postrera excelencia de la religion cristiana, que se sigue de las pasadas, y á la cual todas ellas se ordenan, es la muchedumbre innumerable de sanctos que ha habido en ella; los cuales agora acabamos de referir. Y desta materia dijimos algo en el capítulo diez y seis desta segunda parte, donde se trató de la reformation del mundo, que se siguió despues de la venida y Pasion del Salvador, y de las virtudes heróicas que en aquella dichosa edad florecieron, cuando estaba reciente la sangre de Cristo, y la doctrina y milagros de los apóstoles; los cuales con poner las manos sobre la cabeza de los fieles, daban el Espíritu Sancto con sus dones. Y todo esto en aquel tiempo era necesario para fundar la Iglesia en medio de la gentilidad; la cual Iglesia era entónces combatida por todos los príncipes del mundo.

Declárase tambien algo desto en el capítulo xviii desta misma parte, que trata de la virtud y constancia de los mártires, y de la muchedumbre innumerable dellos. Los cuales no solo con el resplandor de su sanctidad, sino mucho mas con su sangre, y con la grandeza de sus tormentos, testifican y adoran la religion cristiana. Mas todo lo dicho en estos dos capítulos es quasi nada en comparacion de lo que en otros libros sobre esta materia está escrito. De lo cual dan testimonio siete grandes cuerpos de libros que recopiló agora el Padre Surio Cartusiano, donde se escriben innumerables vidas de sanctos y de sanctas que en diversos tiempos y lugares florecieron. Asimismo dan desto testimonio todas las historias eclesiásticas, y las vidas de los sanctos padres, y las corónicas de las órdenes, y los martirologios que desta materia estan escritos, mayormente los que agora han salido á luz en nuestra edad, para que la caridad y la fe que en estos tristes tiempos está tan amortiguada, con tales ejemplos se avive y encienda. Porque en estos martirologios hallará el siervo de Dios en una breve lectura tan grandes tesoros de gracias y de virtudes, y tan grande variedad y muchedumbre de sanctos y sanctas en todo género de estados altos y bajos, en todo género de personas, de sacerdotes, de diáconos, de religiosos, de abades de monasterios, que no digo yo leyendo todo el libro, mas seis ó siete capítulos que lea (si algun juicio y sentido de Dios tiene), no podrá dejar de quedar espantado de ver tanta riqueza de virtudes, tanta abundancia de gracias; tantas flores de suavísimo olor de sanctidad, que le causen esta admiracion. Y con la vista destas cosas será su ánima grandemente consolada y edificada; y por ellas verá cuánto fué lo que obró en el mundo la sangre de Cristo; de la cual tan grandes riquezas y tesoros procedieron.

§. ÚNICO.

Conclúyese de lo dicho la excelencia de nuestra sagrada religion.

Presupuesta pues agora la verdad desta doctrina, colegimos de aquí que la religion y ley de los cristianos es la mas excelente de cuantas se han visto en el mundo, por haber en ella este tan grande número de sanctos.

(*x*) Esaí. 44. 65. etc.

porque (poniendo ejemplo en las cosas que cada día experimentamos), aquel decimos que es mejor maestro, de cuya escuela salen mas y mejores discípulos, y mas bien enseñados; y aquel decimos ser mejor médico, que mejor cura, y mas enfermos sana. Pues estos dos oficios convienen á la buena ley; porque ella es maestra de nuestra vida, y la que nos aparta de los vicios, y encamina á las virtudes. Pues segun esto aquella será mas perfecta ley, de cuya escuela ha salido mayor número de discípulos virtuosos y sanctos. Es tambien la ley medicina de las ánimas enfermas. Porque como el oficio de la medicina es curar las enfermedades de los cuerpos, así el de la buena ley (cual es la ley de gracia de que hablamos) es curar las enfermedades espirituales de las ánimas, que son los apetitos desordenados, y los vicios; y como el fin de la medicina es hacer de los enfermos sanos, así el de la buena ley es hacer de los pecadores justos.

De aquí pues concluimos que siendo tan grande la semejanza que hay entre la medicina y la buena ley, como juzgamos ser aquella mejor medicina que mas enfermos sana, así decimos ser aquella la mas excelente ley y religion, que mayor número de pecadores ha hecho justos y sanctos. Y no hago aquí diferencia entre ley y religion; porque á la religion pertenesce propriamente honrar á Dios, al cual honramos con sentir altamente de sus grandezas y perfecciones, y con vivir conforme á la ley que él imprimió en nuestros corazones cuando nos crió: que no es otra que la que él en tablas de piedra con su dedo escribió (*a*).

Pues que esta sanctísima ley y religion haya producido mayor número de varones sanctísimos que todas cuantas se han visto en el mundo, nadie lo podrá negar. Y no hago aquí comparacion con las supersticiones de los gentiles; porque todas las que ellos llamaban religiones, no lo eran, sino sectas de perdicion: ni con las doctrinas de los filósofos, los cuales, como el Apóstol dice (*b*), habiendo conocido á Dios por las maravillas que en este mundo veian, no le glorificaron como á Dios, sino desvaneciéronse en sus pensamientos; y por esto fuéron por justo juicio de Dios escurecidos sus corazones, porque diciendo de sí que eran sabios, quedaron por locos. Ni tampoco hacemos comparacion de la ley de los moros, la cual vemos ser toda carnal; pues tan súcio paraíso promete en la otra vida, y tantas mujeres consiente en esta; demas de que no pone la fornicacion simple por pecado: que es abrir puerta para infinitos males. En todas estas sectas de perdicion no se hallan rastros de verdadera sanctidad; pues esta no se halla sin caridad.

Resta pues que la comparacion se haga con las dos leyes de Dios, que son ley de naturaleza, y ley de escritura. En aquella ley natural conocemos por justos á Abel, y á Enoch, y á Noé, y á Abraham con su hijo Isaac, Jacob, Josef, Melquisedec, Job (que son los sanctos de que la Escritura hace mencion), y otros tambien habria sin estos, que no sabemos. Mas cuán pequeño haya sido el número de los justos en esta ley, el Diluvio lo declara en tiempo de Noé, al cual dijo Dios: A tí hallé justo delante de mí en esta generacion (*c*).

Mas en la ley de escritura mayor número de justos se halla. Pero con todo eso se multiplicaron tanto los pecados en esta ley, que de doce tribus que eran, los diez se entregaron al culto de los ídolos y de los vicios;

(*a*) Exod. 20. 51. (*b*) Rom. 1. (*c*) Gen. 7.

por lo cual fuéron de Dios desamparados, y desposeidos de la tierra que les habia dado; y así se derramaron por todo el mundo (*d*).

Ni los dos tribus que quedaban de Judá y Benjamin, escarmentaron en cabeza ajena; ántes por seguir los mismos vicios fuéron llevados captivos á Babilonia (*e*). Por donde se ve cuán pequeño era el número de los justos en esta ley. Verdad es que Sant Juan cuenta en el libro de su revelacion ciento y cuarenta y cuatro mil escogidos y predestinados de los doce tribus de Israel (*f*): y es de creer que habria mas de los que aquí se cuentan, pues aun no parece que entran en esta cuenta los niños inocentes que mató Heródes, que fuéron muchos.

Pero el mismo Evangelista que señaló este número de escogidos de los doce tribus, cuando despues destes trata de los escogidos de la gentilidad (que es de todas las naciones del mundo), dice luego que le fué mostrada una tan grande compañía de sanctos, que nadie los pudiera contar (*g*): los cuales vió vestidos de ropas blancas, y con ramos de palmas en las manos, declarando con el color de las ropas la pureza de sus vidas, y con las palmas en las manos la gloria de sus triunfos. Lo mismo nos representa muy á la clara el profeta Esaías haciendo eomparacion de los fieles de la gentilidad á los del judaismo. Y así hablando él con la Iglesia recogida de la gentilidad, la exhorta á que dé gracias á Dios por esta fecundidad y abundancia de hijos; y así le dice (*h*): Alaba á Dios, mujer estéril que no parias: alégrate y predica sus alabanzas, la que no tenias hijos; porque mayor ha de ser el número de los hijos de la desamparada (que era la gentilidad), que de la que tenia marido, que era la sinagoga, que tenia á Dios en este lugar. Por donde la misma Iglesia recogida de la gentilidad, maravillándose mucho en el mismo Profeta (*i*) de ver su antigua esterilidad mudada en tan grande fecundidad, espantada desta mudanza, pide que le hagan mas espacioso lugar donde puedan caber tantos hijos, por estas divinas palabras: Tiempo vendrá que los hijos de la mujer estéril dirán: estrecho es el lugar que tengo, hazme un lugar mas espacioso en que pueda morar. Y entónces dirás en tu corazon: ¿quién es el que me engendró estos hijos? Yo la estéril, y la que no paria: yo la desaterrada y la captiva, pues ¿quién crió estos hijos? Yo la desamparada, y sola, ¿dónde estaban estos? En las cuales palabras vemos cómo la Iglesia recogida de la gentilidad que ántes era estéril, porque no paria hijos á Dios, se maravilla desta tan grande multiplicacion de fieles que ántes fuéron infieles: los cuales siendo primero semejantes á los demonios en la maldad, vinieron á imitar los ángeles en la pureza de la sanctidad.

Pues volviendo al propósito principal deste capítulo, digo que es tan grande testimonio y confirmacion de nuestra fe esta infinidad de sanctos que ha habido en la Iglesia cristiana, que aunque no hubiera mas milagros, ni profecías tan claras que la confirmasen, ni todos los otros testimonios y excelencias que en esta segunda parte habemos alegado, solo este bastaba para el conocimiento desta verdad. Pues evidentemente nos consta por lo dicho que dende que Dios crió el mundo hasta hoy, no ha habido ley, ni religion, ni doctrina en que tanta infinidad de sanctos y sanctas en todo género de sanctidad haya habido, como en la nuestra.

(*d*) 4. Reg. 17. (*e*) Ibid. cap. ult. (*f*) Apoc. 7. (*g*) Ibidem. (*h*) Esaí. 54. (*i*) Esaí. 49.

Pues conforme á lo que está dicho, hago esta demostración. Como sea verdad que haya de haber alguna religión cierta y verdadera con que Dios sea honrado, y en el mundo haya habido muchos modos y maneras con que los hombres han pretendido honrarle; aquella será la cierta y la verdadera donde se hallare una innumerable muchedumbre de santos que militaron debajo della: pues el oficio de la verdadera ley y religión (como ya dijimos) es hacer á los hombres virtuosos y santos. Esta es la mas cierta y mas comun manera que tenemos de filosofar, rastreando por los efectos la cualidad y condición de las causas, así como por la fruta conocemos el árbol que la lleva. Pues para como el efecto y oficio propio de la verdadera religión sea (como decimos) hacer á los hombres santos y virtuosos, ¿quién podrá dudar que la ley y religión de los cristianos sea la cierta y verdadera; pues ella ha sido en el mundo un copiosísimo seminario de todo género de virtud y sanctidad, como está declarado?

CAPITULO XXIX.

Conclusion de todo lo dicho en esta segunda parte.

Todo lo contenido en esta segunda parte sirve para que por ello se vea la dignidad, y excelencia, y hermosura de nuestra sanctísima fe y religión; porque los que han recibido esta lumbre del cielo, se confirman mas en ella, viendo claramente por lo dicho ser verdad lo que los teólogos dicen (como al principio propusimos), que aunque los artículos de nuestra fe no sean evidentes, pero es cosa evidente que deben ser creídos con tanta firmeza como si fueran evidentemente demostrados.

Y para mas claro entendimiento desta doctrina traigamos á la memoria tres infalibles verdades que en la primera parte deste libro quedan declaradas. Entre las cuales la primera es, que en este mundo hay Dios: el cual es una cosa tan alta y tan grande que no se puede pensar otra mayor; y el mismo es supremo Señor y gobernador deste mundo, con cuyos beneficios y providencia se sustentan nuestras vidas. La segunda verdad que se sigue desta es, que él ha de ser venerado y honrado sobre todas las cosas, así por la grandeza de su majestad, como por los innumerables beneficios que dél recibimos; pues en él y por él vivimos, y nos movemos, y somos. La tercera que se sigue desta es, que necesariamente ha de haber en el mundo alguna manera de veneración y religión con que él sea debida y legítimamente servido y honrado, conforme á la grandeza de su divina Majestad. Estas tres verdades son tan claras y ciertas en lumbre natural, que por ninguna vía pueden ser negadas.

Queda agora la cuarta, que se ha probado en esta segunda parte: la cual (según sentencia general de los teólogos) es tan evidente como las pasadas; por la cual se prueba la verdadera fe y religión cristiana; porque en ella concurren todas estas excelencias susodichas que ha de tener una perfecta religión; y todas en summo grado de perfección, como está declarado. Porque (resumiendo lo dicho en pocas palabras) ninguna religión es mas alta y magníficamente de la bondad, omnipotencia, y providencia, y de todas las grandezas de Dios, que ella: ninguna tiene mas excelentes leyes, y mas espirituales y divinos consejos; ninguna tiene sacramentos que den gracia para socorro y medicina de

nuestra flaqueza, sino sola ella; ninguna favorece mas la virtud, y desfavorece mas el vicio que ella, pues tan grandes premios propone á lo uno, y tan grandes castigos á lo otro; ninguna ha obrado mas excelentes efectos en el mundo, pues ella es la que desterró la idolatría que reinaba en todo él, y la que mas reformó las costumbres de los hombres. Sobre todo esto ninguna religión ha habido que por escrituras de tantos doctores sanctísimos haya sido testificada, defendida y aprobada; ninguna por cuya verdad haya sido tanta sangre de innumerables mártires derramada; ninguna en cuya confirmación tanta infinidad de milagros hayan sido hechos, bastando uno solo para confirmación de la fe. Finalmente ninguna ha habido, cuya verdad con tantas profecías haya sido testificada; pues así las profecías del Testamento Viejo como las del Nuevo dan testimonio della. Y sobre todo esto, como sea verdad de la excelencia de los efectos conozcamos la de las causas de donde proceden, y sea efecto de la verdadera religión hacer los hombres virtuosos y santos, notoria cosa es que en ninguna religión de cuantas ha habido en el mundo se hallará tan grande número de santos en todo género de sanctidad, y especialmente de mártires, como en la nuestra. Los cuales demas de la sanctidad de su vida, confirman nuestra fe con el derramamiento de su sangre.

Todo esto ningún hombre de razón lo podrá negar. Estas pues son, cristiano lector, las propiedades y excelencias que pide una perfecta y verdadera religión; y todas estas vemos cuán perfecta y divinamente cuadran y concuerdan con la nuestra. De manera que todas ellas son voces que predicán esta verdad, y así causan una suavísima consonancia y melodía en los ánimos purgados y limpios. Porque como la melodía de la música corporal resulta de diversas voces reducidas á unidad, así también todas estas excelencias (cada cual con su propia consideración) vienen á conspirar y testificar la verdad de nuestra sanctísima fe y religión. La cual música es tanto mas suave que esta material, cuanto se ordena á mas alto fin: que es al conocimiento de la primera y summa verdad.

Pues todas estas excelencias susodichas ¿qué son sino argumentos de nuestra fe, testimonios de la verdad, confirmaciones de nuestra religión, indicios de la presencia del Espíritu Santo que la rige, gloria de Cristo que la fundó, esfuerzo de los cristianos y esperanza de los afligidos? Porque cuanto la fe está mas firme, tanto la esperanza que la presupone está mas esforzada: la cual es puerto seguro de los errados, y comun remedio de todos los males.

§. I.

Concluyese desta doctrina motivo de esperanza para los imperfectos.

Mas al fin desta conclusion quiero satisfacer al deseo de algunos amadores de sí mismos, los cuales aunque sirven á Dios nuestro Señor por quien él es, mas todavía tienen respecto al galardón de la vida eterna. Estos pues visto lo que hasta agora está dicho, fácilmente concederán que la religión de los cristianos es la mas perfecta de cuantas ha habido en el mundo, y que cuanto á Dios, tienen la consciencia segura; pues le honran por la mas excelente manera que él puede ser honrado. Y esto basta para los que perfectamente le aman, sin alguna pretension de interese temporal ni eterno. Mas los

que no han llegado á este grado de caridad, pueden primeramente esforzar su esperanza con todo lo que hasta aquí se ha dicho. Porque todo esto hace evidente demostración que todos los artículos de nuestra fe son de verdad infalible; y entre estos los mas principales testifican que hay pena y gloria para buenos y malos; porque este es el principal fundamento de nuestra fe y confianza.

Mas para mayor esfuerzo de los tales, y mayor confirmación desta verdad, dejando aparte todas las razones que prueban la divina Providencia, al presente alegaré sola una (aprovechándome de lo que arriba está dicho de la victoria de los mártires que padescieron por la gloria de Dios). Para lo cual ruego al prudente lector que ponga los ojos en las crueldades que los tiranos ejecutaban en defension del mayor de los pecados del mundo, que era la idolatría, y en la admirable fe y constancia de los mártires que padescian por la gloria y honra del verdadero Dios y Señor. Y mire entre los otros á un Diocleciano, el cual bañó toda la tierra en sangre de mártires. Poco dije: mas ántes cubrió la tierra con un diluvio desta preciosísima sangre, usando de nuevas invenciones de tormentos nunca vistos en el mundo, repetidos unos sobre otros, y otros nuevos sobre otros; y esto en servicio de las estatuas de los demonios que él adoraba. Y mire por otra parte la inocencia, la sanctidad y lealtad de los santos mártires que tantas maneras de tormentos con tan admirable constancia sufrían; y visto bien lo uno y lo otro, juzgue él si será razón que aquel soberano y justísimo Juez deje tan extrañas crueldades y maldades sin castigo, y tan admirables y divinas virtudes sin galardón. Pues ¿qué cosa mas indigna se puede imaginar de aquella inmensa bondad y justicia, tan amadora de los buenos, y tan enemiga de los malos y perversos?

Pues con esta consideración consolaba el Apóstol á los fieles de Tesalónica, alabando la fe y paciencia que tenían en las persecuciones que padescian (a): las cuales (dice él) son ejemplo y argumento del justo juicio de Dios; pues es cosa tan justa, que ni estos que os atribulan queden sin castigo, ni vosotros que sois los atribulados, sin galardón. Lo mismo dijo el patriarca Abraham á Dios cuando iba á destruir á Sodoma y Gomorra. Por ventura, Señor, dijo él (b), ¿padecerá el justo como el injusto, y el inocente será tratado como el malo? No conviene esto, Señor, á tí, que juzgas el mundo con justicia y igualdad. En ninguna manera harás tal juicio. Pues en estas palabras muestra este sancto patriarca cuán indigna cosa sea de la justicia de Dios que el bueno sea tratado como el malo, y el justo como el injusto, y que sea igual la suerte de ambos, siendo tan desigual la vida de ambos.

Y junto con este ejemplo ponga también los ojos en el rey Heródes, y en Sant Juan Baptista, á quien él mandó cortar la cabeza, y darla en un plato por el baile de una mozueta; y esto por haberle el sancto varón dicho que no le era lícito estar casado con su cuñada, estando vivo el marido della (c). Juzgue pues también aquí el hombre discreto si es razón que acabe la vida encarcelado y degollado el mas sancto que nació de las mujeres, sin mas galardón; y que aquel tirano adúltero y incestuoso se quede reinando y holgando, habiendo ántes desto muerto muchos de sus ciudadanos, y despo-

(a) 2. Thes. 1. (b) Genes. 18. (c) Marc. 6.

jado y robado los pobres. Pues ¿qué diré del otro Heródes, que con tan extraña crueldad bañó la tierra con la sangre de tantos niños inocentes, y con las lágrimas de sus padres y madres? ¿Es por ventura justo que la divina Providencia deje tan horrible crueldad como esta sin castigo? Desta manera pues puede poner ante los ojos los hombres malvadísimos y cruelísimos que ha habido en el mundo; y por otra parte muchos varones sanctísimos, y de aspérrima vida; y mire cómo ni muchos desiertos recibieron aquí el premio de sus virtudes, ni los otros el castigo de sus maldades. Pues pasando esto así, ¿cómo habia de consentir aquella infinita bondad, en este mundo que él gobierna, tan gran desorden, sin que hubiese otra vida en que esta desorden se remediase, y redujese á igualdad de justicia?

CAPITULO XXX.

De la práctica y fructo de la fe.

Concluida esta materia de la fe, será razón filosofar un poco sobre ella, y descender á la práctica, que es el fructo que della se sigue. Constanos pues por lo dicho, y por lo que en las dos partes siguientes aun se dirá, ser nuestra fe certísima y verdadera. De donde se sigue que todos los artículos que ella confiesa, y todo lo que nos ha Dios revelado en las sanctas Escrituras, es tan verdadero como ella lo es; y que ántes faltará el cielo y la tierra, que faltar un punto de todo esto.

Pues esta fe (entre los artículos que confiesa), uno de los mas principales es, que el unigénito Hijo de Dios descendió del cielo á la tierra, y tomó verdadera carne humana, y conversó en este mundo con los hombres procurando la salvación dellos, y celando la gloria de su eterno Padre, y en cabo de la vida padesció una muerte de las mas ignominiosas y dolorosas que se han padescido en el mundo, siendo ántes della azotado, escupido, abofeteado, coronado de espinas, escarnecido y despreciado, y tenido en ménos que Barrabas; y finalmente crucificado desnudo entre dos ladrones. Todo esto nos predica la fe.

Y si preguntamos por la causa de cosa tan espantosa, respóndenos el Apóstol (a) diciendo, que todo esto padesció él por librarnos de todo pecado, y criar en el mundo un pueblo limpio, y agradable á Dios, y seguidor de buenas obras; que es en summa hacer á los hombres capitales enemigos del pecado, y amadores y seguidores de la virtud. Siendo esto así, ¿qué cosa se puede imaginar que mas fuerza tenga para hacer á los hombres aborrecer el vicio y amar la virtud, que esta obra tan grande? Porque sabemos que cuantos buenos libros se han escrito en el mundo, y escribirán jamas, á estas dos cosas se ordenan. Mas todós ellos juntos ni afean tanto el vicio, ni declaran tanto la importancia de la virtud, como este misterio de la Encarnación y Pasión del Hijo de Dios. Y aun oso decir que si nuestro Señor Dios con toda su omnipotencia y sabiduría quisiera hacer alguna gran hazaña para declarar á los hombres la dignidad y excelencia de la virtud, y la fealdad y enormidad del pecado, y el odio que contra él tiene, no entendemos que pudiera hacer mayor cosa que bajar del cielo á la tierra y padecer lo que padesció en la Cruz por esta causa. Si un gran rey enviase su hijo á Roma para tratar con el Papa un gran negocio, y esto con peligro de ser salteado en la mar de cosarios, todos diríamos:

(a) Tit. 2.